

De los amos del valle al amo del país

o hay lugar a dudas que la decisión de no renovar la concesión a RCTV obedece a motivos políticos y más concretamente a la decisión del Presidente de eliminar los canales de opinión pública opositores a su gobierno con mucha audiencia. La razón invocada de golpismo, debió ser ventilada por el poder judicial en sus correspondientes instancias, y ellos eran los encargados de imponer las sanciones que pauta la ley, si hubiere lugar.

Además, si la razón aducida hubiera sido realmente el motivo de la medida, se la habría aplicado con mayor razón a Venevisión, ya que su dueño fue presuntamente la cabeza del golpe. Como Cisneros, a quien sólo interesan sus negocios, se plegó al gobierno, el Presidente no tiene nada en su contra, y por eso el mismo día del cierre de RCTV le renueva la concesión. Pero para que no quede duda del motivo, que sigue vigente, se la renueva para cinco años, advirtiéndole implícitamente que la concesión depende exclusivamente de que prosiga su política de contemporizar con el gobierno. La conclusión es que la no renovación se debió exclusivamente a la orientación antigubernista de la televisora.

Hay en este proceder al menos dos vertientes, a cual más preocupante. La primera, que tiene que ver con el Presidente y su gobierno, es el talante antidemocrático de no permitir una oposición sistemática de los medios masivos. Esta línea se ve confirmada por las amenazas cada vez más explícitas a Globovisión, que no ha sido intervenida hasta ahora por la pequeñez de su

alcance. Pero lo más grave en este campo (en esto sí es Chávez un marxista riguroso) es la sistemática descalificación, incluso la demonización del que osa contradecirle públicamente o protestar contra sus medidas. Sólo un gobernante de perfil autoritario y autocrático se niega a tomar en consideración las críticas y, lo que es mucho más grave, arremete contra los que las hacen, amenazándolos con el peso de todo el poder del Estado discrecionalmente concentrado en él.

Ésta es precisamente la segunda vertiente, que tiene que ver con la percepción de una parte muy extensa de la ciudadanía: el Presidente personifica, no sólo representativa sino realmente al gobierno, saltándose las demás instancias; personifica al Estado, desconociendo los demás poderes; personifica al pueblo, sintiéndose su encarnación y absorbiéndolo, negándole su condición de sujeto autónomo; y personifica a la patria, tachando de antipatriotas, vendidos al imperialismo y por tanto sin derechos a los que no comparten su visión de país o su conducción del gobierno.

Desde el comienzo de la crisis con RCTV esgrimí ese argumento: él, dijo, no iba a dar un espacio a quien estuviera contra él. Él es el dueño de las frecuencias y por eso sería ir en contra de sus propios intereses, entregarlas a sus contrarios. ¿Cómo uno va a ser tan tonto que entregue a sus adversarios un espacio que es suyo para que lo combatan? Es lo mismo que ha estado repitiéndose incesantemente estos días: ¿A qué viene tanto alboroto? El caso de RCTV es como cuando

uno tiene en la casa un inquilino y le dice un día que desaloje. El inquilino no tiene más alternativa que desalojar.

¿Qué hay en el fondo de ese razonamiento, que a tanta gente le suena convincente? Que el Presidente es el dueño, el amo, del Estado, en definitiva de Venezuela. En la teoría democrática es elemental que Venezuela es de los venezolanos y que no la hipotecamos a nadie. El Presidente es un servidor público, que gobierna transitoriamente de acuerdo con la ley y con muchísimos otros funcionarios, cada uno de los cuales tiene su propia competencia. Sin embargo en el atavismo de muchos compatriotas está todavía el arquetipo del caudillo, que se cogía la república para su disfrute privado. Podía tener buenas o malas intenciones, pero de lo que no cabía duda era que él era el que mandaba. Las leyes podían decir lo que quisieran, el hecho, sabido por todos, era que aquí mandaba él.

No nos cabe duda de que en este caso Chávez llegó a la Presidencia para la redención social del pueblo venezolano. Pero tampoco nos cabe duda de que a esta altura de la parada él tiene claro, y quiere que todos lo sepan para que se sepa a qué atenerse, que en Venezuela manda él. Y si cualquier ley o la misma constitución que él creó dicen otra cosa, se las cambia para que estén de acuerdo con él, y mientras tanto se hace lo que él diga.

Sus partidarios podrán decir que este proceder es imprescindible en esta fase de transición y sus adversarios dirán que el fin no justifica

El movimiento universitario generación 28 de mayo

los medios, pero en lo que unos y otros coinciden es en que aquí manda él. Y, si manda él, ¿no estamos en una autocracia? En nuestro país sólo Páez se proclamó dictador. Los demás, después del respectivo golpe o como se llame su interrupción de la legalidad y su toma del poder no contemplada en las leyes, se aprestaban a inscribirlo en la legalidad que creaban para ello. Así se ha venido haciendo y así se hace hoy. Sólo en los cuarenta años de democracia se procedió distinto. ¿En verdad queremos volver a la Venezuela de los amos, a los amos ayer del valle y hoy del país? ¿Queremos ser ciudadanos o súbditos? Ésta es la pregunta de la hora. Lo demás se puede ir arreglando por el camino.

La medida asumida contra RCTV hizo evidente que estamos delante de un gobierno autoritario que le importa bien poco la opinión pública nacional. El objetivo bien vale la inversión de impopularidad, pues no es otra cosa que la hegemonía comunicacional. Como era de esperar el gobierno contaba con ciertas acciones de la oposición pero siempre dentro del paradigma de respuestas clásicas que la oposición tiende a dar a este tipo de sucesos. Las respuestas del gobierno estaban preparadas, tanto en el plano militar como ideológico. Pero en realidad la medida despertó a un sector que como tal no había hecho aparición en el escenario político venezolano desde hacía ya un buen tiempo. Los jóvenes.

Se les percibía como un grupo apático, más bien interesado en formarse y emigrar tan pronto fuese posible. Sin compromisos ni raigambre en el país. Más bien con sentimientos hoscos hacia la política, por lo que las revistas y periódicos dirigidos a este sector buscaban evitar tocar temas de este talante. Pero la dura evidencia del cierre de la señal de Bárcenas los hizo reaccionar.

Lo interesante de este movimiento es que su actividad progresivamente se fue alejando de las clásicas consignas de la oposición para asumir imágenes propias. Han coreado hasta cansarse su condición gremial, sobrepasando con ello las fracturas a las que nos tenía acostumbrado el actual sistema político. Han afirmado valores y por considerarlos atropellados han salido a protestar. Esta protesta ha

tenido como signos propios las manos blancas, las palmadas rítmicas, los claveles blancos y la palabra *libertad*.

Las respuestas clásicas del gobierno nada pudieron contra este movimiento. Luego de una semana de esfuerzos múltiples por descalificar a los muchachos de las universidades sólo les ha quedado recibirlos, escucharlos (así Ismael García quien mostró captar la novedad del movimiento, como la presidenta del TSJ). Los muchachos han intentado reivindicar la novedad de su lucha apelando a la imagen de la generación del 28.

Sin duda esa generación fue la respuesta a la Venezuela que entraba en el siglo XX. Esa generación innovó progresivamente sus respuestas. En principio dejó de lado a los viejos caudillos liberales amarillos, opuestos al oprobioso gobierno de Juan Vicente Gómez para, luego de un largo camino, encontrar sus propias respuestas e incluso contradicciones generacionales.

Por eso desde esta revista invitamos a esos jóvenes a encontrar también el nuevo camino que la Venezuela del siglo XXI debe transitar. Para ello es bueno recordarles que el camino del 28 al 36 e incluso al 45 y hasta 1958 fue muy largo, pero valioso. Por otro lado es importante señalar que no son los únicos actores. También, y junto a ellos, hay un pueblo movilizado que requiere un proceso de maduración para apuntalar un sueño. Una Venezuela donde sea real la participación inclusiva desde el diálogo que termine con el autoritarismo.